

Vico y la Nueva Ciencia

MAURIZIO TORRINI

Universidad de Nápoles

La Nápoles en que Vico (1668–1744) da sus primeros pasos conoció tarde los temas de la revolución científica, la de Galileo, Kepler o Descartes, es decir, en torno a los años 50, cuando aquella extraordinaria aventura podía darse por concluida. Esto no es una consideración banal y tendrá relevancia en la concepción que de la ciencia se hará el mismo Vico.

La reflexión científica y filosófica napolitana se desarrolla toda *tras* la revolución científica, afronta los temas suscitados por ella y comparte sus problemas e interrogantes. Al aplicarse al mundo de la vida, desde la biología a la medicina, las concepciones mecanicistas de Descartes o la «exquisita» geometría de Galileo se ven asaltadas por la duda. Vico se sitúa históricamente en el momento de la crisis de los fundamentos de la *nueva ciencia*, cuando se pone en tela de juicio el valor de los procesos cognitivos, como consecuencia del avance del escepticismo. Lejos de ser un pensador reaccionario o, a lo más, aislado, Vico se inserta en el gran debate de final de siglo entre la crítica del modo de conocer la naturaleza y la investigación sobre el hombre.

En su *Autobiografía* Vico reprochará a Descartes y a su metafísica el no haber producido «una moral cómoda a la religión cristiana, ya que no sólo no se acomodan a ella las pocas cosas que él, de forma dispersa, ha escrito al respecto, sino porque, además, el tratado de las *Pasiones* sirve más a la medicina que a la moral [...]». Le servirá de contrapunto Pietro Giannone cuando, en la propia *Vita*, al recordar la transformación que en él había producido la lectura de *De inquirenda veritate* de Malebranche, la tomaba como la «sabia advertencia de que debía dirigir todos los conocimientos físicos y naturales (y especialmente el saber sobre nosotros mismos) no a otro fin que a la adquisición de una buena moral».

En la *Autobiografía*, como es sabido, Vico reconstruía con notable fidelidad, incluso temporal, los distintos momentos de la vida cultural napolitana hacia finales del siglo XVII, los caminos que médicos, físicos, matemáticos habían emprendido tras la crisis de los años 70, que había visto la clausura de la *Accademia degli Investiganti* y la dispersión o el silencio de sus miembros.

Es un relato que se corresponde con reconstrucciones análogas de otros protagonistas de aquellos años, como Doria, Giannone, Agostino Ariani, Michelangelo Fardella, incluso en la especificidad de los variados itinerarios y en los diversos fines. Un período atomista, marcado por la fortuna de Gassendi y de Lucrecio, hacia la mitad de los años 80, en el cual es fácil reconocer los resultados extremos de la cultura investigadora, a la que el *De sensibus* de Tommaso Cornelio de 1688, asociando todo conocimiento y ciencia a los sentidos en que se funda «universa mortalium vita»¹, proporcionaba las coordenadas teóricas. «Aquí se ha formado una gran facción de atomistas –escribía en 1865 Francesco d'Andrea a su colega toscano, el gran naturalista Francesco Redi– gracias a algunos *lectores* [es decir, profesores del *Studio*] que leen privadamente en sus casas la filosofía de Gassendi».

Le sigue un segundo período de «física experimental, durante el cual –son las palabras de Vico– sonaba por todas partes el nombre de Robert Boyle», y al que corresponderán las reimpressiones de las obras de Leonardo de Capua, la actividad de jóvenes médicos como Gaetano Tremiglozzi y Tommaso Donzelli. Finalmente, el período cartesiano, subdividido en un primer momento de entusiasmo por la física de Descartes, en el que se podrían reconocer

¹ N. de t. «toda la vida de los mortales».

las posiciones de un matemático y astrónomo como Antonio Monforte, y una segunda fase en que «se habían comenzado a cultivar –son también palabras de Vico– las *Meditaciones metafísicas*», a mediados de los años 90, y que habría constituido, al menos en parte, el cuadro filosófico de la *Accademia di Medinaceli*, fundada a finales de aquellos mismos años, en la que desempeñarán un gran papel las figuras de Caloprese, Ariani y Sersale. Vico acogía favorablemente el vuelco que se había producido: «aquellos valientes literatos, que dos o tres años atrás decían que las metafísicas debían quedar circunscritas a los claustros, se pusieron ellos mismos a cultivarlas con todo afán, no ya acerca de los Platones y los Plotinos junto con los Marsilios [...], sino de las *Meditaciones* de Renato Descartes».

A partir de entonces Vico emprenderá el largo viaje que debía conducirlo a la *nueva ciencia*, desde la *Accademia di Medinaceli*, en la que «se aplicó por entero a profesar las letras humanas», hasta la «amistad fiel y señorial» con Paolo Mattia Doria, en el que adivinaba «luces fulgurantes de platónica divinidad». Con aquel ambiente y con aquellos hombres compartía el ideal de un saber fundado en la nítida separación entre alma y cuerpo, «que –son palabras de la *Autobiografía*– en nuestra mente son verdades eternas ciertas que no podemos conocer ni negar»; verdades «que no son propias de nosotros y que no dependen de nuestro cuerpo» y cuyo principio debe ser una idea eterna completamente ajena al cuerpo, que en su consciencia, donde quiera, crea todas las cosas en el tiempo y las contiene dentro de sí y, al contenerlas, las sostiene». La ciencia se convierte en consciencia. En las aulas de la *Accademia del Virrey*, Gregorio Caloprese, gran filósofo cartesiano, al que Vico le fue muy querido», como se recuerda en la *Autobiografía*, sostenía que «en las otras artes y las otras ciencias todas sirven para una cosa, no sirven las unas a las otras[...]. Sólo la ciencia de nosotros mismos es la que sirve permanentemente en todo momento, en todo lugar y a toda clase de personas. En la utilidad de esta ciencia consiste todo el fruto del saber humano».

No de otro modo Vico indicaba a los jóvenes que toda la esfera del saber «se desarrolla [...] en este eje y gozne: la consciencia de sí le proporciona a cada uno un grandísimo estímulo para completar en breve el complejo entero del conocimiento». Y del mismo modo que Caloprese situaba en el conocimiento de nosotros mismos el resorte de todo el obrar humano («de todas las cosas que se pueden imaginar para alivio de la humana debilidad, ninguna otra extiende su utilidad por todas partes, como ésta lo hace»), así Vico aclaraba el significado de aquel estímulo: «y no habría sido tan grande la celebridad de esta afirmación, si hubiese sido, como se cree, ideada para moderar el orgullo de los ánimos y debilitar la soberbia humana», sino que, por el contrario, se da el caso de que hubiese sido pensado «para que los hombres se lancen a aquellas grandes empresas, sin dejarse desanimar por la excesiva modestia o por la desconfianza en sí mismos».

Lo importante es ahora distinguir «lo físico de lo metafísico, esto es, lo material de lo inteligible»; mejor dicho, el camino de la ciencia, de la «verdadera», no es más que el esfuerzo de un «alejamiento del alma de las imágenes corpóreas y de la ciega relación con los sentidos». Y acaso Vico no aconsejaba a sus jóvenes alumnos «apartar la mente de los sentidos», para que se alcanzaran «magni profectus»², recogiendo un texto y una página de Descartes muy exitosos en la Nápoles de aquel tiempo, donde el filósofo francés expresaba, justamente con la intención de distinguir el alma del cuerpo y del conocimiento de Dios, la necesidad de tener la mente «a prejudiciis plane liberam et quae se ipsam a sensuum consortio facile subducat»³.

² N. de t. «grandes avances».

³ N. de t. «completamente libre de prejuicios y que fácilmente se sustraiga a sí misma del consorcio de los sentidos».

La impresionante afinidad de estas expresiones, a veces del mismo año, de Caloprese y de Vico –y otras, que se podrían tomar de Agostino Ariani, Paolo Mattia Doria, Nicola Sersale y Matteo Egizio– no deja dudas sobre el vuelco que se estaba dando en aquellos años en las posiciones que hasta el momento habían caracterizado el entrecruce de filosofía y ciencia en Nápoles.

Lejos de surgir de la «maravilla que puede nacer en nosotros de aquellas cosas, que en este mundo se observan», la filosofía y la ciencia deben ante todo separarse de él, tratando de mantener inmune nuestra mente de «este peligroso hábito de aplicarse a los sentidos». Es todo un panorama que va cambiando: la ciencia debe encontrar justificación a la existencia propia no ya en el control experimental y en el obrar humano, sino en lo que respecta a la omnipotencia divina. Las ciencias, escribe Ariani, sirven ahora «de escalera para alzarse al conocimiento de las cosas celestes y sobrenaturales. Y este es sin error uno de los principales fines a los que Dios las ha dirigido sabiamente».

La ciencia asume su verdadero significado sólo en cuanto que llega a liberar al hombre de la hipoteca de las impresiones sensibles, sólo cuando resulta «aclarada» por el conocimiento de la «fuente». «Superada la niñez, la mente humana, es decir la razón, comienza a salir del fango de la materia», escribía Vico en aquellos años, situando el remedio («medicos imitari necesse est»⁴) en el estudio de la matemática:

Una disciplina cuyo aprendizaje lo facilita muchísimo la impetuosa capacidad de formar las ideas; a menudo es necesario imaginar una serie interminable de figuras o de números para llegar a la verdad de la demostración, pero, considerando los puntos y las líneas carentes de todo espesor y materia, la mente humana empieza a agitarse y a purificarse.

Se trata de un proceso doble, ya que sólo cuando se ha llegado al conocimiento de la metafísica, se obtiene, a la luz de ésta, una «regulam [...] de falsis, dubiis verisque iudicandi»⁵. Los estudios no son un fin, sino medios:

Por tanto, la verdadera utilidad de la disciplina de la que hablamos es ésta: que el pensamiento adquiera familiaridad con lo verdadero, y que después se regocije con él, y que, cuando quiera, pueda, y pudiendo, quiera con mayor empeño preferir alcanzar en la conducta de la vida los bienes más altos y más verdaderos, es decir, las virtudes y las buenas dotes del alma y, a través de ellas, cultivar el carácter divino del pensamiento y, a través de él, llegar a Dios.

Finalmente, es el propio Vico quien nos revela los verdaderos «fines» de esta transformación radical, de esta, como se ha escrito, «revancha» de la mente,

tras haber alcanzado el conocimiento de las cosas divinas, destinadas a alcanzar las ciencias de las cosas humanas, dedicándose primero al estudio de la moral que forma al hombre, después al de la doctrina civil, que forma al ciudadano. Instruidos en estas doctrinas, podríais con facilidad dedicaros a la teología moral, con el fin de que un día, cual directores espirituales de los

⁴ N. de t. «es necesario imitar a los médicos».

⁵ N. de t. «regla para juzgar acerca de las cosas falsas, dudosas y verdaderas».

principios, podáis orientarlos en el ordenamiento y en el gobierno de los Estados.

La imposibilidad de llegar por parte del hombre a un conocimiento cierto y absoluto no quedaba relegada al plano de los procesos cognitivos, de las relaciones entre mente, sentidos y realidad natural, como en Tommaso Cornelio, o, como en Leonardo di Capua, al de una limitación fisiológica, sino que era un dato de partida y además negativo.

La búsqueda de las «razones probables» no sigue siendo de ese modo el fundamento epistemológico de un saber susceptible de incremento y de aproximaciones sucesivas (del cual la *libertas philosophandi* se convierte en la premisa y el producto de una libre concurrencia de opiniones), sino una condena primigenia a la que refleja el pulular desordenado y lacerante de las sectas. La libertad de filosofar se convertía, pues, en el arbitrio de las opiniones, el reino de todas las «ideas extravagantes y discrepantes» doctrinas que pueden «venir a nuestra consideración y pensamiento». En suma, allí donde los *Investiganti* habían recogido, limitándose el conocimiento a las «causas probables», el fruto de una reflexión acerca de los resultados de la Revolución Científica, de su extensión a los campos de las ciencias médicas y biológicas (pero que aún mantenía intacto todo su carácter de renovación y de fractura con el pasado y que, más bien, tendía a proyectar todo su saber sobre un original «probabilismo»), ahora no había más que un eterno replantearse la vicisitud humana, un rancio y desusado discutir sobre la «pequeñez de las fuerzas humanas», el replantearse un círculo siempre igual, ayer como hoy, en el cual no sólo no se vislumbra traza de progreso real, sino que se vuelve a proponer una ciencia de las apariencias y de las hipótesis, todas verdaderas y todas falsas, determinadas por el *consensus* de los doctos, pero carentes de toda validez científica, ni siquiera limitada.

Al mutilar la poderosa reivindicación realística de la astronomía y de la ciencia moderna, se hacía vana la revolucionaria afirmación de Galileo sobre el saber *intensive* y *extensive*: el plano del verdadero saber (la *verdad*) sigue siendo intangible para la ciencia (lo *verosímil*).

Un vuelco que no sólo es propio de Nápoles o de Italia. Las transformaciones del cartesianismo en Holanda y Francia, el desplazamiento de los ejes de la ciencia o, mejor dicho, su prolongación a sectores como el de las ciencias de la vida, el paso de los átomos a los *semina*, la irreductibilidad de las funciones vitales y químicas al mecanicismo o a la consideración físico-mecánica sometieron la nueva ciencia, que había descendido del cielo de Copérnico, a tensiones inauditas. Antes aún de la crisis de la consciencia europea, la ciencia, aquella ciencia, conoció su *propia* crisis. En Italia, tanto en Nápoles como en Florencia o Venecia, todo se complicaba por cuanto había sucedido tras la condena y la persecución de Galileo en 1633. El debate napolitano que hemos venido evocando rápidamente se producía en concomitancia con el proceso a los ateos, es decir, a un grupo de intelectuales muy jóvenes y cultos, acusados de difundir el atomismo, de leer a Gassendi, Descartes y Regio (una de las lecturas de Vico), y directamente (estamos ya en los años 90 del siglo) de discurrir «sobre la opinión y el sistema de Nicolás Copérnico, defendido por Galileo [...], es decir, que la tierra se mueve y el sol está fijo».

La sintonía de Vico con los miembros de la *Accademia di Medinaceli*, como Agostino Ariani y Gregorio Caloprese, duró poco. En 1709, con el discurso *De nostri temporis studiorum ratione*, se abrió un camino nuevo, el suyo propio. Y lo abrirá iniciando de nuevo el discurso sobre la ciencia, sobre su validez y sus pretensiones, auténtico banco de prueba de toda filosofía que pretenda, como dice Vico, constituirse «in summa qui sapientiae flos esset»⁶.

⁶ N. de t. «en una suma que fuese la flor de la sabiduría».

«Omne, quod homini scire datur, ut et ipse homo, finitum et imperfectum»⁷. La frase que se encuentra casi como un inciso en la primera página del *De ratione*, da a entender de inmediato un cambio de tono respecto a sus alocuciones de los años precedentes, hace comprender que su discurso se trasladará de ahora en adelante a un horizonte distinto.

La desenvoltura con que había parecido posible, al cambiar el siglo, liberarse de un solo golpe de la incertidumbre de las ciencias para fundar, o para reencontrar, aquella «ciencia, es decir, la verdad», que «no consista en otra cosa que en el conocimiento claro y distinto de lo que se busca», como había escrito Ariani, se demuestra ahora en toda su falacia. A los ojos de Vico las dos concepciones de la ciencia que se habían enfrentado en aquellos años (y no sólo en Nápoles) comportaban, una y otra, una visión parcial y unilateral de la realidad: la que procedía de los *Investiganti*, porque, al limitar la validez de la ciencia a lo probable y lo verosímil, conservaba para siempre, como si se tratara de una marca de origen, la pretensión de que éste sería el único saber practicable, relegando al campo de la opinión la moral y «aquella importantísima parte referida al carácter de nuestro espíritu y a sus tendencias hacia la vida civil». Obligada a ir tras las cuestiones particulares, la ciencia investigadora no tiene en cuenta que los datos naturales «quoque temporis momento in falsa mutantur»⁸.

Al mismo tiempo y en sentido contrario, una concepción de la ciencia, la que Vico había conocido bien en los salones de la *Accademia di Medinaceli*, y que ahora se manifiesta como fundada por la crítica y por el análisis, caracterizada por la aplicación de la geometría a la física, que presenta «el inconveniente de que no es posible negar parte alguna del proceso deductivo sin invalidar la base misma del razonamiento [...]». Para demoler la seguridad, y la solemnidad, Vico no duda en reproducir literalmente gran parte de las discrepancias que habían determinado el distanciamiento de los *Investiganti* de los principios de la físico-matemática, aunque desde posiciones y por motivos distintos. Así vemos reimpressa en el *De ratione* la acusación de tautología aplicada a las demostraciones geométricas, la consideración exclusivamente metodológica de la matemática, su esterilidad e incapacidad para captar el múltiple sucederse de los fenómenos naturales, pero, sobre todo, está la reafirmación de *discronía* entre el hombre y la naturaleza, que condena al vacío las pretensiones de la ciencia físico-matemática «In uno Deo Optimo Maximo sunt verae rerum formae, quibus earumdem est conformata natura»⁹.

Teniendo bien presente las posiciones expresadas por sus colegas académicos (a veces, parece citarlas literalmente), Vico quiere, sobre todo, romper el vínculo establecido entre ciencia y metafísica, negar que la ciencia pueda, como sostenía Agostino Ariani, ser la «escalera para alzarse al conocimiento de las cosas celestes y sobrenaturales». Negarle a la ciencia el ser el fundamento y la verdad de la filosofía significaba no sólo restituirle a ésta su función, sino liberarla de las estériles estrecheces a la que la habían restringido, rescatarla de la derrota que sufría cada día frente al progreso tangible de las ciencias especiales.

Las dos concepciones a que hemos aludido someramente no aparecen distinguidas, sin embargo, en *De ratione*, del mismo modo que entre sus amigos de aquellos años se encuentra un representante de cada una, Lucantonio Porzio y Paolo Mattia Doria, enfrentados ambos entonces por una feroz polémica.

⁷ N. de t. «todo lo que al hombre le es dado saber, como también el hombre mismo, es finito e imperfecto».

⁸ N. de t. «también se hacen falsos en un instante de tiempo».

⁹ N. de t. «sólo en Dios, el Mejor y más Grande, están las verdaderas formas de las cosas, por las cuales está conformada la naturaleza de ellas mismas».

A Vico no le interesa asumirlas en su formación histórica, en el sucederse de ellas, sino que, por el contrario, prefiere que se subraye, incluso desde un punto de vista formal, la matriz común de la revolución filosófica de principio de siglo, el único periodo histórico (e incluso esto es un elemento sobre el que reflexionar) que se puede comparar con la antigüedad. Y aquí reside, en su opinión, el resultado más inquietante de la ciencia moderna, es decir, el de haber reproducido de manera por así decirlo entrelazada e indiferenciada lo que en la antigüedad estaba históricamente en contraposición. «Los estoicos, que, igual que nuestros modernos, aspiraron a la razón como regla de la verdad, fueron más que todos los demás finos y sutiles, en tanto que los epicúreos, que aspiraron a todo lo sensible, fueron límpidos y algo más difusos»

La conclusión, sin embargo, es igual e imparcialmente terminante: la ciencia se justifica sólo como técnica, tanto cuando se dedica a construir máquinas y mecanismos ignorados por los antiguos, como cuando está en disposición de crear nuevas disciplinas o aplicar las viejas a los campos nuevos. En la técnica, en sus repetidos giros destinados a modificar la calidad de la vida humana, y no en la ciencia reside, para Vico, la superioridad de los modernos. Así, por ejemplo, las grandes invenciones, las extraordinarias creaciones de Arquímedes o de Brunelleschi son independientes de la vieja y la nueva ciencia, al igual que la medicina, que no obtiene de ella beneficio alguno y, más bien, es obstaculizada por ella hasta el punto de que se encuentra como la habían dejado los antiguos. Es todo un discurso sutil y malicioso. En la exaltación de la técnica él destaca cierto elemento creativo, operativo, el *hacer*: «chemico-physica nonnulla meteora aliaque naturae opera manu pene facit»¹⁰, pero de ese modo la experiencia imaginada, aquella que no aspiraba a reproducir los fenómenos naturales o los mecanismos, sino que, sobre todo, creando condiciones no dadas en la naturaleza, pretendía ya verificar la solidez de los conocimientos teóricos, ya idearlos, no se encuentra en el panorama diseñado aquí por Vico. Aquella conserva a sus ojos el defecto cartesiano consistente en producir la realidad del conocer en vez de conocer una realidad ya existente, en la que el momento creativo se confía a la demostración o la técnica. De ahí había nacido primero la autonomía, después la hegemonía de la ciencia sobre la filosofía, aquella como productora de la realidad, ésta como intérprete.

El redimensionamiento de la ciencia era un paso necesario para que la filosofía, aquella filosofía cuyos contornos estaba diseñando Vico, volviera a hacerse dueña de una realidad que le parecía reducida a un esqueleto axiomático o a uno exorbitante y múltiple. Sólo después de haber roto todo vínculo entre la ciencia de sus contemporáneos y la verdad, podrá él dedicarse, a partir del *De antiquissima italorum sapientia*, a la reconstrucción de los modos de conocimiento.

Vico, de ese modo, pensaba poder salvar los resultados prácticos de la ciencia amputándole los fundamentos y las implicaciones teóricas y declarándola, por el contrario, insostenible, en cuanto que inherente a un plano, el de la naturaleza, para nosotros vedado y susceptible, como le enseñaban los acontecimientos napolitanos y no sólo napolitanos, de hacer insalvable la fractura entre el saber y la fe.

Si la naturaleza no puede ser el campo de la verdad, ella ni siquiera puede conducirnos a Dios, como lo habían pretendido las obras del newtonianismo apologético, por ejemplo el de Dehram y Cheyne, bien conocidas en Nápoles en las traducciones de 1728 y 1729. Vico se mantenía en la convicción, expresada justamente en 1709 por Giacinto de Cristofaro, uno de los ateos finalmente excarcelados, quien, a propósito de la ciencia experimental de los señores

¹⁰ N. de t. «la químico-física casi hace con la mano no pocos meteoros y otras obras de la naturaleza».

Boyle y Newton, le escribía a Celestino Galiani: «las experiencias no son fieles escoltas para llevarnos al conocimiento de la verdad».

Traducción del italiano de
JOAQUÍN GUTIÉRREZ CALDERÓN
Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia